

á una rama con el auxilio de una de sus manos delanteras, ponía en seguida las posteriores en la misma rama, agarrábala y quedaba sentada casi inmediatamente, con tanta calma como si no se hubiese movido.

Se puede pensar que el gibbon en libertad da pruebas aun mucho mas evidentes de su agilidad, y los relatos de los observadores merecen entero crédito aunque parezcan exagerados. Los que han escrito con respecto á este animal comparan los movimientos de los gibones en libertad con el vuelo de las golondrinas.

Los gibones son naturalmente tímidos, el menor ruido los asusta y hace huir apresuradamente, necesitándose mucha paciencia y cautela para sorprender algunos actos de su *vida social*. Lo poco que se sabe acerca del particular se debe en gran parte á Duvancel, quien tuvo á menudo ocasion de ver gibones, y sobre todo el siamang, así libres como en cautividad. Este hábil y entusiasta observador asegura que la especie se reúne comunmente en manadas numerosas, conducidas por un jefe, á quien los malayos creen invulnerable, «sin duda porque es mas fuerte, ágil y difícil de alcanzar que los otros;» que en caso de peligro, y por numerosa que sea la manada, cada individuo solo piensa en su propia seguridad, y que si alguno cae herido, á no ser muy jóven, se ve abandonado por los demás. «La madre, que le lleva ó le sigue de cerca, se detiene entonces, cae con él y lanza gritos terribles, precipitándose sobre el enemigo con la boca abierta y los brazos extendidos.

»Curioso espectáculo es ver á estas hembras cómo llevan á sus hijuelos al río, donde los limpian á pesar de sus quejas, los lavan y los secan, consagrando á su aseo un tiempo y un cuidado que en muchos casos podrian envidiar nuestros propios hijos.»

El mismo observador ha reconocido que los pequeños siamangs, demasiado jóvenes aun para ir solos, son conducidos siempre por individuos del mismo sexo que ellos; por sus padres, si son machos, y por sus madres, si son hembras.

Tambien cuentan que los siamangs son muchas veces devorados por los tigres, del mismo modo que los pajaritos ó ardiillas son por las serpientes, es decir, por fascinación; lo que significa que el miedo á la muerte hace perder al mono toda su inteligencia; pongo sin embargo en duda la veracidad de este cuento.

Con respecto á los hullocks tambien tenemos noticias bastante detalladas. Estos monos viven, segun Harlan, con preferencia en las montañas poco elevadas, porque no pueden soportar el frio. Su alimento consiste en frutos de los bosques de bambú de estas regiones, sobre todo en los frutos y simientes del santo árbol Propul. Comen tambien ciertas yerbas, tronchos tiernos y otras plantas, las mastican, tragan el jugo y tiran la masa masticada. Segun Owen, que vivió casi dos años en las regiones de los hullocks, estos se reúnen en los bosques en manadas de ciento á ciento cincuenta. Comunmente se ven en las copas de los mas altos árboles de olun y maccoi, cuyos frutos son para ellos un manjar predilecto; á veces, empero, salen de la selva espesa, buscan los senderos y se van á los claros. Un día encontró Owen súbitamente una manada de ellos que estaba divirtiéndose alegremente; pero en seguida que le vieron dieron la señal de alarma y huyeron á la espesura del bosque. Otra vez, marchando por un camino recién hecho, se vió rodeado inesperadamente de una gran manada de monos, los cuales parecían sorprendidos, y mas aun enfadados por la presencia, en sus dominios, de un hombre vestido de un modo extraño. Los árboles de alrededor estaban llenos de ellos, y cuando Owen pasó, los monos le amenazaron desde arriba con muecas y gritos salvajes, y hasta descendieron algunos de los árboles

y le siguieron de modo que nuestro viajero creyó que le querían atacar. Logró escaparse porque los monos no pudieron seguirle por la llanura. Volviendo á su casa, preguntó á su intérprete si estos monos solian acometer al hombre, á lo que le contestó, que hacia pocos días que una tropa de nagas habia sido atacada por ellos. Los nagas atravesaban un espeso bosque de bambúes, marchando uno detrás de otro, por un sendero lleno de recodos, cuando fueron arremetidos por los gibones, que seguramente habrian dado muerte al naga que marchaba delante, si los compañeros de este no hubiesen corrido en su auxilio. «En efecto, dice Owen, puedo asegurar que son robustos y atacan al hombre. Yo vi una vez á una hembra de wauwau domesticada, coger á su guardian, saltar sobre él, arañarle con sus cuatro manos, y morderle el pecho, teniendo todavia el hombre la suerte de que el mono habia perdido sus dientes caninos.»

No puedo creer esta última historia, pues todas las otras narraciones dicen completamente lo contrario; sobre todo se pondera que los gibones huyen tan aprisa como pueden al acercarse un hombre, y que por eso se ven muy pocos. Son, como dice Kasskarl, tan prudentes como curiosos, y por curiosidad únicamente aparecen algunas veces á la orilla de un claro, preparado para el cultivo, sobre todo en los sitios donde no temen á los cazadores, pero si advierten que los observan, ó que se intenta acercarse á ellos, huyen, y no es fácil volver á verlos.

Los gibones tienen tambien por costumbre saludar al sol cuando sale, y lanzar gritos atronadores cuando se acuestan, gritos que se oyen á la distancia de varias millas, y que aturden de cerca cuando no causan temor. Ese es el despertador de los montañeses malayos, y para los ciudadanos que van al campo una de las mas insoportables molestias.

Sus gritos se oyen á mas de una legua inglesa de distancia. Lo mismo se dice de los gibones en cautividad, ya tengan ó no la bolsa laríngea. Un buen observador, Bennett, tenia un siamang vivo y notó que este, si estaba un poco excitado, estiraba sus labios en forma de embudo, llenando de aire la bolsa laríngea y lanzando un grito parecido al de un paro. Este grito le servia para expresar su alegría y su cólera. La hembra del unko que habia en Lóndres, gritaba tambien á veces con mucha fuerza y emitia un sonido particular, fácil de imitarse en lenguaje musical. Comenzaba por la nota fundamental *mi* subiendo, de medio en medio tono, hasta la octava superior y recorria así toda la escala cromática. La primera nota dominaba siempre, sirviendo de punto de partida para todos los demás sonidos. A medida que estos ascendian, iban siendo mas lentos; al bajar, empero, muy fuertes y breves, y al fin muy rápidos, concluyendo con un grito agudo, lanzado con toda fuerza. La rapidez, la regularidad y el aplomo con que aquel animal hacia oír toda la escala cromática, admiraba á todo el mundo. La mona se excitaba en alto grado; cada uno de sus muslos se distendia y todo su cuerpo temblaba.

Un hullock que vi hace mucho tiempo en Lóndres, gritaba asimismo muchas veces á cualquiera hora del día y siempre que su guardian le hablaba ó que cualquiera otra persona le incitaba, imitando sus gritos. Puedo afirmar que nunca he oído voz de mamífero, exceptuando al hombre, que mas llena y armoniosa me haya parecido. Al principio quedé maravillado, entusiasmandome con estos sonidos, salidos de la parte mas profunda del pecho, y que, lanzados con gran fuerza, no tienen nada de desagradables, pudiéndose quizá imitar en parte con las silabas *hu, hu, hu*. Otras especies lanzan un grito mucho menos agradable. Así el wauwau, segun dice Kasskarl, empieza por unos sonidos lanzados á intervalos: *ua, ua*; á esto sigue mas aprisa, *ua, ua, ua*; despues

*ua, ua, ua, ua*, y al fin es cada vez mas lastimero y rápido, el *u* mas corto, de modo que suena casi como *v*; el *a* mas largo; en seguida que le oyen todos los otros monos le imitan.

Sobre las facultades intelectuales de los gibones, las opiniones de los observadores están divididas. Duvancel juzga muy mal al doméstico: su lentitud, su falta de decencia y su estupidez, dice, no se pueden corregir. Verdad es que en pocos días, si vive entre personas, llega á ser tan dócil, como antes era salvaje, tan familiar, como antes feroz; pero siempre se vuelve mas tímido que las otras especies del mismo género, cuya familiaridad no adquiere nunca; y su docilidad es consecuencia de extremada apatía, mas bien que de confianza. Es tan indiferente á los buenos tratamientos, como á los malos; parece desconocer la gratitud y el odio. Sus sentidos son obtusos; si fija sus miradas en una cosa, lo hace sin saberlo; si toca algo no lo hace con intencion; es un sér sin facultad alguna, y si quisiéramos clasificar el reino animal por la inteligencia de sus individuos, el siamang seguramente ocuparia uno de los últimos puestos. Comunmente está en cuclillas, abrazándose las rodillas con sus largos brazos, y la cabeza recostada entre los muslos; así descansa y duerme. Solamente de vez en cuando interrumpe este silencio lanzando un grito desagradable, que no expresa ni sentimiento ni necesidad; y por consiguiente, nada significa. La vista del hombre no parece despertarle de su somnolencia natural. En cautividad toma su alimento con indiferencia, lo lleva á la boca sin gana y se lo deja quitar tambien sin incomodarse. Su manera de beber está en armonía completa con sus demás costumbres. Sumerge el dedo en el agua y chupa las gotas. Tampoco creo exacta esta descripción, porque los otros observadores, si bien no dicen lo contrario, juzgan mucho mas favorablemente á este mono.

Bennett refiere que el siamang que él llevó hasta muy cerca de Europa, se atrajo en muy poco tiempo el afecto de todos los hombres de la tripulación; familiarizósese mucho con los marineros, se domesticó muy pronto, y lejos de moverse con lentitud, mostrábase por el contrario sumamente activo y diestro, gustábale subir por las cuerdas, y se complacia en ciertas bromas que no eran siempre inocentes. Aficionósese mucho á una negrita y se sentaba con frecuencia á su lado, rodeándole el cuello con las manos mientras mascaba algun bizcocho. Hubiera vivido como buen camarada con los otros monos que iban á bordo, pero eran muy salvajes y se alejaban, de lo cual se vengaba el siamang cada vez que veia á sus compañeros de cautiverio, tirándoles de la cola y atormentándolos. Cuando cogia uno, arrastrábale por toda la cubierta, le subia á las vergas y desde allí le dejaba caer ó hacia lo que le daba la gana, sin que el desgraciado paciente pudiera escaparse nunca. Era muy curioso; todo lo escudriñaba, y subia á menudo al gran mástil para mirar á su alrededor. Al acercarse algun buque, permanecía en su puesto mientras se divisaba en el horizonte: sus sentimientos eran muy variables; encolerizábase fácilmente, en cuyo caso se revolvia como un niño mal educado; revolcábase sobre el puente, haciendo toda clase de contorsiones y gestos; tiraba todo cuanto veia al alcance de su mano y gritaba sin cesar: *Ra! Ra! Ra!*

Con este sonido daba á conocer su cólera; era de una sensibilidad ridícula, y la menor oposicion á su voluntad le inquietaba profundamente; henchíase entonces su pecho; adquiria su cara una expresion grave, y dejaba oír muchas veces su «*Ra! Ra! Ra!*» como si hubiese querido asustar á la persona que acababa de ofenderle. Con gran sentimiento de toda la tripulación, murió aquel mono antes de su llegada á Inglaterra.

Wallace describe tambien el siamang mucho mas favora-

blemente. «Compré, dice, un pequeño gibbon de esta especie cogido por los indígenas y atado tan fuertemente que se habia lastimado. Al principio se mostró bastante feroz y quiso morder; pero cuando le desligamos y le pusimos dos barras en el vestíbulo de nuestra casa para hacer su gimnasia, atándolo con una cuerda á los anillos de las barras, de modo que se pudiese mover fácilmente, se tranquilizó muy pronto, se puso contento y empezó á saltar con agilidad. En los primeros días me profesaba gran aversion, que intenté hacer desaparecer dándole yo mismo de comer. Pero un día me mordió con tanta fuerza en el dedo, que perdí la paciencia y le pegué, de lo cual tuve que arrepentirme, pues desde aquel día no me pudo ver ya. Consentía que mi criado malayo jugase con él; con eso, con la actividad y ligereza con que se balanceaba de una á otra parte, me sorprendia á cada paso. Cuando volvió á Singapur llamó la atención general. Comia casi toda clase de frutas y arroz; yo confiaba en poderle llevar á Inglaterra, pero murió justamente poco antes de mi partida.» Lo expuesto es muy diferente de lo que dice Duvancel, y está tambien de acuerdo con otras narraciones y experimentos que con respecto á los gibones tenemos. Un hullock que durante cinco meses estuvo vivo en poder de Harlan, se volvió en menos de un mes tan manso, que se cogia de la mano de su amo y se paseaba con él, apoyándose con la otra mano en el suelo. «Cuando le llamaba, cuenta Harlan, acudia, sentábase en una silla cerca de mí para almorzar conmigo, y tomaba del plato un huevo ó un ala de gallina, sin ensuciar el mantel. Bebia tambien café, chocolate, leche, té, etc., y si bien para beber, por lo general, metia la mano en el líquido, cogia, sin embargo, cuando tenia sed, el vaso con las dos manos y lo apuraba como nosotros. Sus manjares predilectos eran arroz cocido, panecillos mojados, plátanos, naranjas, azúcar, etc. Los plátanos le gustaban mucho; pero comia tambien insectos, buscaba en la casa las arañas, y cogia las moscas habitualmente con la mano derecha. La misma aversion que los indios tienen á la carne, tenia, segun parecia, tambien él; pero una vez comió un pescado frito y un poco de gallina.

»Mi prisionero era un sér muy pacífico y daba á conocer de mil modos su cariño é inclinación hácia mí. Cuando le visitaba por la mañana me saludaba con un alegre y fuerte *wau! wau! wau!* que repetia lo menos cinco minutos, interrumpiéndolo solamente para tomar aliento. Cuando se sentia cansado, se acostaba, se dejaba peinar y cepillar, demostrando cuánto le gustaba, poniéndose ya de un lado, ya del otro, tendiendo los brazos alternativamente, y cuando yo hacia como que queria marcharme, me cogia por la levita atrayéndome otra vez á sí. Si le llamaba desde alguna distancia, me conocia por la voz y se ponía en seguida á gritar como de costumbre, á veces de una manera quejumbrosa; pero tan luego como me veia, su grito tomaba su entonacion ordinaria y expresaba su alegría. Si bien era macho, no mostraba ningun sintoma de la lascivia de los cinocéfalos. Desgraciadamente murió pronto, á consecuencia de un golpe en las caderas que, sin querer, le dió uno de mis criados en Calcuta. Una hembra jóven de la misma especie, que tambien estaba á mi cuidado, murió en el viaje á Calcuta de una enfermedad de los pulmones. Durante la enfermedad padeció grandes dolores. Un baño caliente le alivió un poco, y le agradó tanto que, sacada del baño, volvió á meterse en él. Era muy amable, un poco tímida y hasta espantadiza con las personas extrañas. En pocos días se acostumbró á mí de tal manera, que en seguida acudia á donde yo estaba, si la ponía lejos de mí, saltándome al cuello y abrazándome. Nunca se mostraba maliciosa, nunca mordía y hasta no se defendia cuando se le pegaba, yendo á meterse en cualquier rincon.

La hembra del gibbon unko, de la que hemos hablado

antes, era también muy afectuosa con todas las personas á quienes habia dispensado su confianza. Distinguía perfectamente á las señoras de los hombres, acercándose sin miedo á

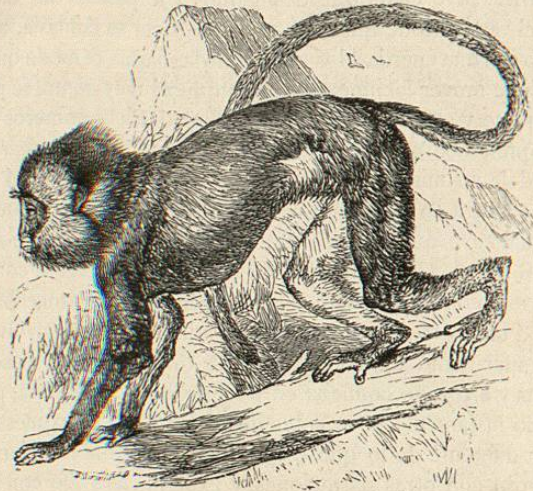


Fig. 42.—EL SEMNOPITECO SIMPAI

las primeras y dejándose acariciar por ellas; al paso que manifestaba por el contrario cierta desconfianza de aquellos, sin duda porque le habrían maltratado. Antes de todo examinaba atentamente á las personas que se acercaban, y concedía también su confianza á los hombres, cuando le parecían dignos de ella.

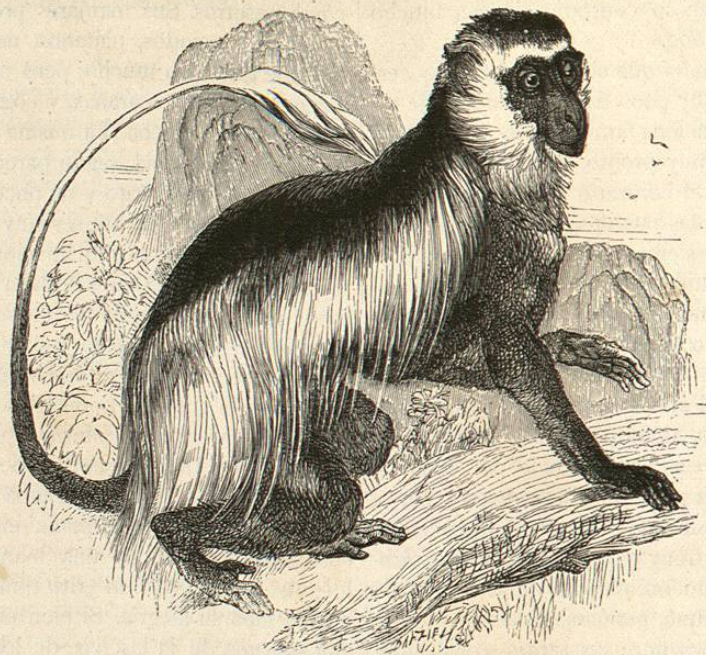


Fig. 43.—EL COLOBO GUEREZA

### LOS SEMNOPITECOS—SEMNOPI- TECUS

Con harta frecuencia tendremos ocasión de ver que la fisonomía particular de cada país se refleja en su fauna, pero el exámen de los grupos de monos que vamos á pasar en revista nos dará una nueva prueba de ello. Los semnopitecos y los colobos se asemejan de una manera extraordinaria, y sin embargo, difieren por caracteres esenciales; los primeros habitan el Asia, mientras el Africa es la patria de los segun-

do. En ambos géneros ha presidido el mismo pensamiento, si así pudiera decirse, en el desarrollo del animal, y no obstante, en cada uno de ellos se encuentra la fisonomía del país donde vive, de lo cual podremos convencernos comparando los dos géneros.

### LOS CINOPITECOS—CINOPITHECINI

**CARACTÉRES.**—En la segunda sub-familia clasificaremos á los cinopitecos. Se distinguen por su hocico mas saliente, lo que sobre todo se nota en los géneros menos desarrollados; por la menor longitud de sus brazos; además tienen todos cola y callosidades en el ano, y muchas especies también bolsas en las mejillas. Por lo demás, su estructura es muy variada, pues desde la forma delgada de los semnopitecos hasta la rechoncha del cinocéfalo, están representadas casi todas las variedades. Viven en las tierras calientes del antiguo continente, sobre todo en la India desde el Himalaya, en la Indo-China, en Cochinchina, en el archipiélago malayo, en la Arabia meridional y en toda el Africa, exceptuando las partes orientales del Sahara. Figuran entre los animales mas vivos y mas ágiles de su orden; son astutos, por lo general maliciosos é indecentes, y además perjudiciales, pues saquean de la manera mas lastimosa las plantaciones y huertas. En varias partes los aborrecen también por su lubricidad y son verdaderamente detestados por diferentes pueblos, mientras que otras tribus los consideran como santos ó semidioses.

bula izquierda, y su esqueleto recuerda el del gibbon por sus formas raquíticas. Los dedos de sus manos son muy largos; el pulgar de las delanteras muy corto ó rudimentario, y no puede servir para la prehension; el pelaje es muy fino; su color, siempre hermoso, es muy notable en una especie de este género, y los pelos son con frecuencia muy largos al redor de la cabeza. La estructura de su estómago es muy curiosa, porque los múltiples repliegues de que está provisto recuerdan vagamente el estómago de los rumiantes y contribuyen á que se asemeje mas al de los kanguros.

Segun el exámen de Duvernoy y Owen, el estómago está dividido por dos surcos en tres partes, de las cuales la media está dividida en otras dos y tiene por eso gran semejanza con

el intestino cólon, porque está como él provisto de músculos muy marcados; todas las especies de este género tienen una laringe de diversos tamaños.

**DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.**—El continente de Asia del Sur, Ceilan y las islas del archipiélago indio, son la patria de los semnopitecos.

**USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.**—Viven en manadas mas ó menos numerosas en los bosques, con preferencia en las cercanías de los rios y frecuentemente cerca de pueblos y plantaciones, estando protegidos casi en todas partes de la manera mas cómoda.

Para dar en pocas palabras algunas noticias sobre su vida, haré, antes de la descripción detallada, ciertas observaciones,

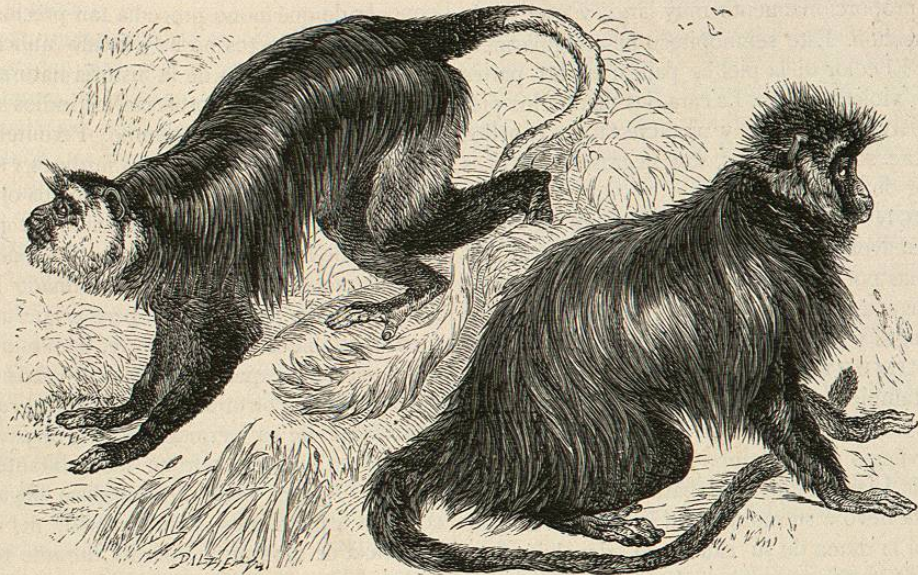


Fig. 44.—EL COLOBO OSO

Fig. 45.—EL COLOBO SATAN

apoyándome para eso en las narraciones de Tennent y Wallace.

En los bosques de su patria encontramos á los semnopitecos regularmente en manadas de 20 á 30 de su especie, ocupados casi siempre en recoger espigas y botones de plantas. Muy raras veces andan por el suelo, á no ser que quieran buscar los frutos de sus árboles favoritos. No tienen el menor miedo á los indígenas, al contrario, muestran siempre una gran confianza; pero al europeo, vestido de manera desconocida para ellos, le miran con fijeza algunos minutos y se alejan tan pronto como pueden. La presencia de un perro excita también su curiosidad, pero en vez de observar los movimientos de este, suelen descubrirse siempre con sus gritos, etc. Espantados, se ocultan muchas veces en el ramaje de los árboles y saben hacerlo de una manera tan hábil que una manada en el mismo momento en que estaba celebrando su festin en una palmera de Palmira, se hizo invisible en pocos momentos. Si desconfían de algo huyen con tal rapidez, agilidad y con tan grandes saltos, como no se observa en ninguna otra especie de su familia. Dan enormes saltos, desde las ramas de un árbol á las mas bajas del otro, procurando que la rama sobre la cual tienen el pié se doble bastante y vuelva á su sitio despues del salto; pero también pueden cambiar la dirección en el aire para coger, en caso de necesidad, otra rama que les convenga mas. Es divertido, como dice Wallace, el ver como todos siguen al jefe mas ó menos de prisa, cuando este ha dado un salto atrevido; y sucede á veces que uno ó dos, los últimos, no pueden resolverse á saltar hasta que han perdido de vista á los otros. Entonces

se precipitan desesperadamente, con miedo de quedar abandonados; en el aire, rompen las ramas delgadas y caen muchas veces al suelo. En los puntos donde no se les inquieta son muy molestos, aparecen de repente sobre ó delante de las casas y causan bastantes daños; y aun muchas veces son peligrosos para los niños. De este modo fué atacado por los monos, segun refiere Tennent, el niño de un sacerdote europeo, cuya nodriza le habia dejado delante de la casa, y le atormentaron tanto que murió de sus resultas. El alimento de los semnopitecos consiste en las plantas mas diversas, frutas de todas clases, siempre que puedan abrirlas; y además en capullos, hojas y flores. Sobre todo se alimentan, segun Tennent, de higos del paraiso y de plátanos. Pero parece que prefieren á estas frutas, ciertas hojas y flores, por ejemplo, las del hibisco rojo, de las cuales comen gran cantidad: noticia para el gobierno que quiera mantener monos de esta clase.

Los cingaleses creen que nunca se encuentran los restos de un mono en el bosque. «El que ha visto una corneja blanca, el nido de un pico gordo, un cocotero derecho, ó un mono muerto, dicen, está seguro de vivir eternamente.» Esta superstición tiene sin duda su origen en la India, porque allí se venera como á un dios á uno de los principales semnopitecos, siendo creencia general que, el que quisiese descansar sobre el sepulcro de este mono, ó solamente en el sitio donde falleció, moriría sin remedio; añadiéndose que hasta los mismos huesos del animal, aun sepultados, podrian ser causa de desgracias. Por esta razon acuden todos los que quieren construir una casa, á los magos y sacerdotes, es decir á los hombres